

modos de la casa de Chamblas. A esa casa pretende el defensor vengar de las acusaciones bajo las cuales quieren sepultarla. A la mujer que representa á esa gran familia es á quien se ha representado introduciendo la mala inteligencia entre ambos esposos; era, dicen, el bota-fuego, la manzana de la discordia. No siempre se ha pensado así; en 1838 el padre de M. Marcellange tenia ideas muy distintas, como lo prueba una carta que dirigió á su nuera.

*M. Bac*: ¿Quién os ha facilitado esa carta? ¿Las señoras de Chamblas, sin duda?

*M. Lachaud*: Quizás sí...

*M. Bac*: ¡Las señoras de Chamblas...! ¡Y sois el defensor de Besson...!

*M. Lachaud* leyó la carta, en la que el padre de M. de Marcellange elogiaba á la viuda de Chamblas y recomendaba á su hijo que tuviese mas moderacion en sus relaciones con ella. «Doy tanto mas valor á esta opinion, dijo el abogado, cuanto que el padre de M. de Marcellange es el unico de la familia que ha reprobado altamente las acusaciones dirigidas contra la casa de Chamblas.

*Mad. de Tarade*, con viveza: Os equivocais, caballero.

—¿De dónde ha procedido, continuó el abogado, la mala inteligencia que ha reinado en ese matrimonio? Tal vez Teodora, cuyos deseos y caprichos todos, satisfacía su padre, era generosa y pródiga, mientras que Luis de Marcellange, perteneciente á una familia numerosa, conocia las privaciones, tenia mucho orden, estaba acostumbrado á ahorrar. Sobrevinieron discusiones de intereses y tuvo efecto la separacion.

Solo aquí fue donde el abogado de Besson, que parecia hallarse ocupado tan solo en defender á las señoras de Chamblas, encontró por fin á Besson. Siendo este un criado antiguo de la casa, siguió á sus amas. ¿Dónde hay cosa mas natural? Consumado el crimen, fueron presas cinco personas á quienes designaba el odio de los Marcellange contra los Chamblas. Cuatro de los acusados desaparecieron por medio de la coartada; solo Besson quedó en manos de la justicia. Esto consistió en que por medio de este se podrian acercar todo lo posible á la vida interior de las señoras de Chamblas; por medio de este se haria penetrar á la calumnia en su hogar.

¿Por qué ha de ser Besson? ¿Qué interés hubiera armado su brazo? ¿El odio? ¿No lo prueban, no alegan mas que anécdotas sin valor? ¿Quiere ser el amo en Chamblas, dominar allí? No por cierto, quiere casarse con la hija de un pobre relojero, quiere ir á establecerse en Saint-Etienne. Dominar en Chamblas, y el médico que le asistia declaró que dejó de visitarle antes de su convalecencia; por economía. Verdad es que hay la comida y el colchon enviados cuando estaba incomunicado. Quizás no fuese esto aun bastante para un antiguo servidor á quien se juzgaba inocente.

*M. Lachaud* recordó los presentimientos singulares, las inquietudes, las visiones de M. de Marcellange al ver asesinos por todas partes; asesinos que querian atentar á su vida, asesinos que querian ven-

derle sus brazos para protegerle. ¿Y quiénes eran aquellos *bravos* complacientes? No se sabe. ¿Quién nos dice que uno de esos mismos hombres no le haya asesinado para asegurarse su silencio?

El abogado discutió las palabras atribuidas á Besson, las rechazó, las esplicó, y al llegar al proyecto de envenenamiento, encontró á Arzac. «He estudiado á Arzac, señores, y ese hombre me sorprende. Hé ahí un jóven de veinte y tres años, aislado hasta el dia de la sociedad de los demás hombres, que se ha elevado por el poder de su naturaleza; una de esas organizaciones de primer orden, que en otra posicion, habria ido muy lejos quizás.

*M. Bac*: Y que colocadas ahí, llegan hasta el crimen.

*M. Lachaud*: En su voz ruda, en su aspecto salvaje, en su animacion pintoresca, hay cierta cosa grande y elocuente que me impresionaba ayer profundamente, y decia para mí: ese hijo de las montañas ¿qué misterio profundo no revela?

«Ayer, debo decirlo, asistí al combate mas magnífico que he visto en mi vida. El lenguaje de *M. Bac*, ese lenguaje que admiro y que es para mí uno de los mas hermosos que he oido, el lenguaje de *M. Bac* era aun mas solemne y mas elevado que de costumbre. No era ya el abogado animado por la familia de Marcellange, sino el hombre imparcial, concienzudo, elocuente. A ese lenguaje pomposo, que impresionó á todo el auditorio lo mismo que á mí, unia *M. Bac* unos ademanes y una voz penetrantes. Esa mirada de *M. Bac* sorprende al tosco campesino, le impresiona, le transporta, le eleva hasta lo sublime. En sus ojos habia una altivez noble y varonil, que correspondia á la mirada varonil y noble de *M. Bac*; en sus labios habia una sonrisa de fuerza y de poder que parecia detener las palabras de *M. Bac*. Y os lo digo, *M. Bac*, en ese combate que muy pronto tendreis que renovar, ese labriego os venció por la elocuencia imponente de su silencio. Esa naturaleza explica muchas cosas.

«Hé ahí á Arzac, señores; pasaria muy gustoso diez años de mi vida estudiando á ese hombre grande y curioso, á esa inteligencia escepcional. Si profundizais bien el carácter de Arzac ¿no os explicais fácilmente las palabras que ha dicho? Al oír hablar de la vida interior de Chamblas ¿quién nos dice que ese muchacho, con su imaginacion singular, no experimentase la necesidad de aparentar que poseia un gran secreto para darse importancia?»

Despues de este retrato de Arzac, *M. Lachaud* trazó el de Margarita Maurin. La representó como una mujer habladora, inconsecuente, verdaderamente loca, agitándose en vano bajo la notoriedad de una mala reputacion. En el proceso delató á todos: primero conoció á Francisco Besson, luego se retractó y dijo que mentia. Entonces denunció á Miguel Besson. «Hé ahí á vuestro testigo, señor procurador general, y habeis olvidado esas circunstancias, y os habeis apoyado en esa mujer, que habia comenzado por lanzar al patibulo á Francisco y á Miguel Besson! No olvidareis al propio tiempo, señores jurados, que esos son los dos hombres colocados á la cabeza